

irreparable de cuantos males habían recibido de su mano y podían recibir de hombre mortal. El les arrebató aún la esperanza de mejorar su condición. El V. Fr. *Bartolomé de las Casas*, persistiendo en su antiguo y filantrópico sistema de efectuar la conquista y pacificación del país, no por el medio violento y peligroso de las armas, sino por el de la introducción de las luces y beneficios de la civilización religiosa y civil, había obtenido del primer Virrey D. *Antonio de Mendoza*—“que á las naciones “donde los españoles no habían entrado, “no se enviaran soldados, sino misioneros “celosos que con sus virtudes redujeran á “los naturales.” Esecutado con esta autorización partió el V. Obispo á *Chiapas*, acompañado de un buen número de religiosos, y cuando más gloriosa y útilmente trabajaba en su santa misión—“*Pedro de Alvarado* hizo una irrupción sobre sus neófitos, “quienes viendo que así se faltaba á la “labra que les habían dado sus ministros, “abandonaron la nueva religión para “co-rrer á defenderse de sus enemigos.” [7]

[7] *Cabo, Tres Siglos de México*. Lib. III, número 19.

Tal fué el término del último generoso esfuerzo que hizo aquel varón apostólico en prosecución de su filantrópico proyecto; aunque no por esto dejó de continuar abogando con mayor calor por la causa de los míseros indígenas, pues chocado de aquel salvaje procedimiento, se embarcó luego para España á esforzar sus quejas, obteniendo por ellas, si no el remedio, á lo menos el alivio de la dura opresión bajo que gemían los pueblos sojuzgados.

No es posible seguir una á una las empresas de *Alvarado*, las más numerosas quizá y variadas de cuantas se registran en la historia de los conquistadores del Nuevo Mundo. Pasando, pues, por ellas, descenderé á la relación del acontecimiento que puso fin á sus aventuras y á su vida.

Las portentosas narraciones de Fr. *Marcos de Niza* que tanto ruido metieron en el mundo, como que revelaban la existencia de siete ciudades populosas donde hasta los útiles de cocina eran de oro puro, no solamente tuvieron la virtud de enemistar á *Cortés* y al primer Virrey, que se disputaban su descubrimiento, sino que también exacerbaron los disgustos, que, como se ha

visto, separaban al primero y á *Alvarado*. Este hizo un nuevo viaje á la corte para re-  
frendar sus capitulaciones, con la calidad  
de dirigir sus descubrimientos según mejor  
le conviniera; y provisto de sus despachos,  
envió doce velas á la mar del Sur con or-  
den de esperarlo en algún puerto de la cos-  
ta de *Xalisco*, mientras que él se encaminó  
por tierra para arreglar en México con el  
Virrey algunos puntos conexos con la mis-  
ma expedición. Esto sucedía al tiempo que  
las tribus indígenas de *Xalisco* habían  
enarbolado el pendón de la independencia,  
haciendo un alzamiento general y simultá-  
neo contra todas las poblaciones españolas,  
cuyas tropas quedaron derrotadas desde los  
primeros reencuentros. Reducido así á la  
última extremidad el bravo *Cristóbal de*  
*Oñate*, que gobernaba la provincia, implo-  
ró el auxilio de *Alvarado*, que podía dispo-  
ner prontamente de buenas y bastantes tro-  
pas de refresco, juzgándose además que el  
solo nombre de su esforzado y acreditado  
capitán, era ya una garantía de la victoria.  
*Alvarado* no titubeó en suspender su mar-  
cha, y poniéndose á la cabeza de una parte  
de sus tropas de desembarco, marchó inme-

diatamente para auxiliar á los afligidos co-  
lonos de la Nueva Galicia.

La confianza en la dicha que siempre ha-  
bía acompañado á sus banderas, su natural  
impetuosidad y bravura, la necesidad y ur-  
gencia de terminar prontamente aquel ne-  
gocio para continuar su navegación, y el  
amor propio de viejo soldado, que veía con  
rubor que—*cuatro gatillos*, como él decía  
con alusión á los sublevados, *encaramados*  
*en los cerros*, *dieran tanto tronido que alboro-*  
*taban dos reinos* fueron causa de que llegan-  
do á *Guadalajara* quisiera marchar inme-  
diatamente sobre los diez mil indios forti-  
ficados en el Peñol de *Nochistlán*, para  
terminar la cuestión en un combate. El  
prudente Gobernador se opuso á esta reso-  
lución, proponiendo por una parte, que se  
esperara la llegada de las tropas que envia-  
ba el Virrey en socorro de la provincia, é  
impugnando por otra el proyecto de atacar  
al enemigo en sus atrincheramientos; mas  
*Alvarado* que no quería partir con otro su  
gloria, “con grande resolución dijo: que él  
“había de ir con su gente sin que le acom-  
“pañase soldado alguno de la ciudad, y  
“que en cuatro días quería allanar la tierra,

“por convenirle embarcarse luego para su “viaje.”—Todavía *Oñate* hizo reiterados esfuerzos para determinarlo á cambiar de dictamen, temiendo una catástrofe que empeorara la situación; pero —“el Adelantado se fué parando, diciendo: ya está echada la suerte: en el nombre de Dios á marchar, amigos; cada uno haga su deber, pues á esto venimos.”—Cortada así la conferencia, *Oñate* se volvió á sus desolados compañeros de armas, diciéndoles proféticamente:—“Dispongámonos para el socorro, que discurro necesario para los que nos lo han venido á dar.”

Ocho ó nueve días bastaron para aprestar la expedición y ponerla en camino, encontrándose con ella el Adelantado al frente del enemigo el día 24 de Junio de 1541.—La posición que éste guardaba, las operaciones militares ejecutadas sobre él, y su trágico desenlace, serán descritas por la pluma del cronista que me ha ministrado las noticias precedentes (8). El va á hablar en los dos párrafos que siguen:

“Llegaron las tropas al Peñol de *Nochis-*

[8] Mota Padilla, *Conquista del Reino de la Nueva Galicia*. Cap. 25, números 3 y 4. MS.

*tlán*; reconocióse la fortaleza, y se halló murada con siete albarradas á mano sin portillo alguno; y desmontando del caballo el *Adelantado*, dijo: esto ha de ser así; y al punto todos le siguieron con espada y rodela en mano, dejando los caballos al pie del Peñol en poder de indios amigos y de algunos escolteros; y al punto fué tanta la piedra manual que arrojaron acompañada de flechas y dardos, que á no retirarse *Alvarado* y los suyos, quedarían cubiertos de ella; pues fué tanta, que la primera albarrada quedó destruida y mudada en acervos de piedra más adelante, como que en dicha primera albarrada habían los indios recogido para munición cuanta piedra les pareció á propósito; y mientras los indios resistían por donde eran combatidos, á millares bajaban por ambos cuernos en proporcionada distancia, é iban en lo llano formando una media luna para encorrular á los nuestros.”

“Conoció el *Adelantado*, como diestro, el riesgo, y así volviendo á montar, formaliza su retirada, desistiendo de su primer intento; y quien antes emprendió la ofensiva guerra, tuvo á buena suerte á poco rato re-

tirarse defendiéndose; y viendo en lo llano multitud de indios, determinó romperles con el esfuerzo que otras veces en mayor multitud lo había conseguido en la Nueva España; mas al mismo tiempo advirtió mayor peligro que del que había salido, por los muchos cardones, magueyes, y lo peor, por los dilatados pantanos y ciénegas que en aquellos llanos había; y así no eran los soldados señores de los caballos, porque en los atolladeros perecían; por lo que procuró el *Adelantado* con gran valor y esfuerzo sacar su campo. Los indios conocieron la retirada, y salieron al alcance hasta las mujeres y muchachos, alentándose con la presa que conseguían de los soldados que quedaban en los pantanos imposibilitados de moverse: así pereció á la vista de todos un pobre llamado *Juan de Cárdenas*, quien si sacaba un pie del atolladero, se le quedaba el otro más arraigado, y esforzándose otros á socorrerle, quedaron del mismo modo; por lo que tomó el *Adelantado*, [desmontando del caballo] hacer rostro á los indios, mientras que los nuestros por donde hallaban más tiesa la tierra podían salir, y cuando con grandes trabajos habían

caminado tres leguas y salieron á tierra tiesa, cesaron los indios de seguir el alcance, y sin embargo, un soldado llamado *Baltazar de Montoya*, natural de *Sevilla*, (escribano del ejército de *Alvarado* y que después fué del cabildo de *Guadalaxara* muchos años y murió de ciento y cinco) iba de fuga en un caballo cansado, y subiendo una cuesta espoleaba temiendo peligrar si se les daba alcance; y el *Adelantado* iba á pie siempre en la retaguardia, porque siempre por defender á los suyos ocupaba el lugar más peligroso; y viendo la fatiga del soldado le dijo: “Sosegaos, Montoya, que los indios parece nos han dejado;” mas el miedo que había concebido de que su caballo se le estancaba, le hacía espolearle más por salir del riesgo; y se le fueron pies y manos al caballo, y dando vueltas por la cuesta, antecogió al *Adelantado*, dándole tal golpe que lo dejó sin movimiento. Volvieron sus soldados á socorrerle, y luego conocieron el grave peligro en que se hallaba su General, y como los indios que habían seguido el alcance vieron la suspensión de la fuga, se esforzaron al seguimiento, y en medio de sus fatigas volvió

el *Adelantado* diciendo: "No es bien que los indios conozcan mi peligro," y quitándose las armas, principalmente aquellas que lo distinguían de los demás capitanes, se las dió á uno de ellos con su bastón, diciéndole saliese adonde los indios lo viesén, y que le imitase, pues de él fiaba; y volviendo á los demás les ordenó se esforzasen á resistir aquel avance, que ya lo hecho no tenía remedio, que aquello merecía quien consigo llevaba tales hombres como *Montoya*. Preguntóle uno de sus capitanes qué le dolía, á que respondió: "El alma; llévenme adonde la cure con la resina de la penitencia." Luego aderezaron un pavés y le llevaron al pueblo de *Atenguillo*, cuatro leguas del de *Yahualica*, pueblo inmediato adonde acaeció la desgracia, y fué el día *veinte y cuatro de Junio de mil y quinientos y cuarenta y uno.*"

Las historias impresas están erradas en las noticias relativas al lugar del fracaso, muerte y sepultura de *Alvarado*. El redactor de la crónica MS. que sigo, y el P. *Beaumont*, que escribieron en el teatro de los sucesos y con vista del antiguo cronicón del P. *Tello* y de otros monumentos autén

ticos, están de acuerdo en la narración precedente, precisando más el segundo el lugar de la desgracia, que dice fué entre los pueblos de *Yahualica* y *Acatie* (9). Ambos convienen en que la muerte de *Alvarado* fué en *Guadalajara* el día 4 de Julio siguiente, después de haber recibido los sacramentos, y bajo testamento cerrado que otorgó en aquel día, autorizado por el escribano mismo que fué instrumento y causa de su trágica muerte. En cumplimiento de sus últimas disposiciones se le sepultó provisionalmente en la iglesia parroquial debajo del púlpito. De allí se trasladó su cadáver á *Tiripitío*, y de aquí á la iglesia de *Santo Domingo* de esta Capital, donde permaneció en depósito hasta su final traslación á *Guatemala*.

Todo acabó con su muerte; todo, aun los vástagos que debieran conservar la memoria de su nombre, cual si sobre él pesara más terrible aquella maldición de nuestros libros santos, que castiga la maldad del padre en la generación de sus bisnietos. De-

---

[9] *Crónica de la Provincia de San Pedro y San Pablo de Mechoacan.*—Lib. 2, cap. 9.—MS.

solante es la pintura que *Gómara* y *Bernal Díaz* nos hacen del dolor y desesperación que se apoderó del alma de D<sup>a</sup> *Beatriz de la Cueva* al saber la muerte de su esposo; y más desolante todavía el instrumento y los medios que la Providencia destinó para poner término á sus pesares. Dos meses iban apenas corridos de la muerte de *Alvarado*, cuando el 11 de Septiembre la violenta erupción de agua, maderos y piedras arrojadas por un volcán, sepultó á D<sup>a</sup> *Beatriz* bajo las ruinas de la capital de *Guatemala*. De los dos hijos que le sobrevivieron, el mayor, *D. Pedro*, se encaminó á España con *Juan Alvarado*, su tío, para recabar la indemnización de los navíos y bienes de su padre empleados en servicio de la corona; y dice *Bernal Díaz*—“que nunca más se supo de los navegantes, que ó se perdieron en la mar, ó los cautivaron moros.” El menor, *Diego*, añade el mismo historiador—“como se vió perdido, volvió al Perú y en una batalla murió.”—Filosofando el piadoso y sencillo narrador de estos sucesos sobre su triste singularidad, concluye con la siguiente reflexión que las epíloga y que en medio de su desaliño no carece ni

de elocuencia ni de ternura.—“Tengan agora mas cuenta los curiosos lectores desto “que aquí tengo referido, y miren que el “*Adelantado* murió solo sin su querida muger y amados hijos; y la muger sin su querido marido; y los hijos, el uno yendo á “Castilla y el otro en una batalla..... “Nuestro Señor Jesucristo los lleve á su “santa gloria, Amén.”—*Gómara* dice que —“no quedó hacienda ni memoria de él, “sino esta, y una hija que hubo en un día, la cual casó con *D. Francisco* de la “Cueva.”—Estas se ocupaban, en la época que escribía *Díaz*, de construir el sepulcro destinado á recibir los restos de *Alvarado*, lo cual indica que hasta Febrero de 1568, fecha de la conclusión de la *Verdadera historia*, todavía permanecían depositados en el monasterio de *Santo Domingo* de esta ciudad.

Nunca, quizá, se ha podido repetir con más exactitud y verdad aquella terrible y elocuente maldición que, en forma de historia, trae el Rey Profeta para instruirnos del miserable fin que la siempre justa Providencia reserva á los malvados. —*Vi al impío sumamente ensalzado y elevado,*

como los cedros del Líbano. Y pasé, y hé aquí que ya no existía. Y lo busqué, y no fué hallado el lugar de él (10).

México, Noviembre 3 de 1847.

---

[10] Vidi impium superexaltatum, et elevatum sicut Cedros Libani. Et transivi, et ecce non erat: et quesivi eum, et non est inventus locus ejus.—  
PSAL.



NOTICIAS HISTORICAS

DE

NUÑO DE GUZMAN.

---